

Historia y cultura en Yucatán

de Francisco José Paoli Bolio

Comentario: Luis Alfonso Ramírez Carrillo

De los temas que trata el libro llamo la atención sobre tres: el supuesto separatismo yucateco y su bandera, mencionados en su artículo "15 de septiembre en Yucatán". La mirada de Paoli, que transita del asombro a la nostalgia y que surge en los ensayos "Cultura material de Mérida" y "Mérida mi ciudad", en los que interesa su reflexión sobre el cambio cultural; y los puntos nodales sobre la oligarquía de Olegario Molina en Yucatán, que salpican el último capítulo.

Agradeciendo el valor incitador de los textos, más que parafrasearlos paso a tomar algunas ideas centrales y quiero comentar, de manera breve, casi como

imágenes fugaces, estos tres aspectos del libro.

PRIMERA IMAGEN

¿Yucatán

separatista?

Muchos de nosotros si recibiéramos esta pregunta contestaríamos de inmediato No, pero... bueno, quizás sí. Otros al contrario sí... pero en realidad no. Y es que el doble discurso sobre el separatismo y su ambigüedad proviene de su manipulación histórica y de las razones por las que fue revivido a fines del siglo XX, que fueron muy diferentes por las que fue impulsado en el XIX. El separatismo yucateco del XIX fue una reacción a la ruptura del orden liberal que establecía el federalismo y la autonomía

política de los estados, condiciones con las cuales Yucatán se adhirió a la nación mexicana en 1821, orden que fue roto de manera unilateral y personal por Antonio López de Santa Anna al establecer un sistema centralista. El separatismo del siglo XX, por el contrario, surgió al revés, como una decisión unilateral y personal del entonces gobernador Víctor Cervera Pacheco para contravenir las reglas del pacto federal establecidas en la constitución del 17. El discurso político, como vemos, aguanta todo. Así, el separatismo del XX no apeló a una verdad histórica sino a un sentimiento que se ha tratado de identificar con la identidad regional y en

se fundieron la influencia maya y la española, aún se mantienen en el principio del siglo XXI. Parte de la población rural y un pequeño sector de la urbana, de origen maya, porta aún el vestido tradicional y habla la lengua maya. En Mérida, por suerte aún existe el bilingüismo y un español cargado de palabras y acentos provenientes del maya, que forma parte también del habla diaria de algunos miembros de las clases media y alta. En Mérida llegamos más personas al siglo XXI hablando maya que las que había cuando comenzó el siglo XX, pues 90,000 personas, el 15% de la población, puede ser considerada como indígena maya. Hay incluso más de 600 personas que son monolingües y sólo hablan esta lengua.

El vestido, el idioma (la situación bilingüe o monolingüe), los estereotipos de conducta, la escolaridad y los niveles y formas de consumo son los signos más marcados que diferencian

a los distintos grupos sociales. En Mérida se siente ya, sin embargo, un agudo proceso de aculturación global. No son sólo las clases medias y altas, blanqueadas por el ascenso social de generaciones anteriores y vinculadas por viajes, lecturas y televisión al extranjero, las que visten e intentan comportarse a la usanza occidental, sino que la movilidad geográfica hacia los centros urbanos se ha convertido en un nuevo mecanismo de aculturación, dentro de la estructura de clase y color de la piel desde los años cincuenta.

Si el primer proceso de cambio cultural reciente ha estado vinculado a la urbanización, otro proceso que ha provocado profundas transformaciones en Yucatán, al igual que en el resto de la nación y el mundo, es la presencia de los medios masivos de comunicación y la publicidad orientada hacia la creación de una sociedad de consumo vinculada a la globalización.

Es imperativo alcanzar una cabal comprensión de la importancia de la población indígena y de la cultura maya en Mérida y Yucatán. A lo largo de su historia, la civilización maya ha marcado el espacio que ocupa esta ciudad. Los mayas no sólo no han desaparecido sino que han aumentado. La población que habla y entiende esta lengua es todavía mayor que la que se encuentra en edad escolar. En conjunto, con una minoría que sin hablar la lengua también se identifica como maya, se acerca a las 800,000 personas. Para sorpresa de muchos, significa más del total de habitantes que tenía Yucatán apenas en 1960. De esta manera, resulta que en Yucatán hay más mayas al comenzar el siglo XXI que los que había cuando comenzó el XX.

Aunque el mundo maya es en principio rural y se centra sobre las comunidades que se dedican al cultivo del maíz, la cultura maya



sigue estando presente en las ciudades. Pese a que muchos no lo alcanzan a percibir y algunos hasta renieguen de ella, los mayas siguen siendo culturalmente mayas, sin importar que migren a la ciudad y se vistan como ciudadanos.

Por otra parte, tal parece que la fuerza de atracción tradicionalmente atribuida a la cultura yucateca está disminuyendo. Antes se planteaba que en esta tierra, que de tanto no parecerse a otra, se dedica a copiarse a sí misma todo el tiempo, bastaban dos generaciones para que la cercanía de los cenotes, el girar de las veletas y el sonoro vaivén de la hamaca, produjeran en cualquier familia extranjera (es decir, del mundo ignoto que se extiende más allá del río Champotón) una cabeza redonda y un cuello corto, típicos de los yucatecos. Pero las camas, el agua potable y la televisión parecen haber eliminado esta fuerza telúrica. Ligerezas aparte, es evidente

que la sociedad yucateca enfrenta el desafío de mantener su identidad mientras se globaliza y se parece cada vez más a otras regiones.

TERCERA IMAGEN

De oligarcas y políticos

El último ensayo es con mucho el más amplio. Dividido en 6 partes trata centralmente del concepto de oligarquía y del auge y caída de Olegario Molina. La oligarquía, como señala Paoli, no sólo es la forma dicotómica de gobierno aristocrático, sino que siguiendo a Aristóteles es la forma corrupta de gobierno aristocrático. Es importante esto, pues el concepto corrupción acompaña, agarrado de la mano como un hermano —hermanito diríamos aquí— gemelo al de oligarquía yucateca. Platón en la República preguntaba: "¿Cuál sistema político entiendes por oligarquía? La constitución en la cual los ricos gobiernan mientras

que el pobre no puede participar en el poder".

Sin embargo, el uso del término oligarquía en la historiografía yucateca sobre el auge henequenero y los fines del porfirato, si bien describe con claridad un fenómeno genérico de poder y dominio, ha oscurecido el análisis del Estado, de las formas de gobierno y sobresimplificado la categoría social del hacendado y de los grupos de poder. El Estado Porfiriano, en todas las regiones, observó el auge y caída política de diversos grupos de poder económico. Es más, aun con toda la concentración de riqueza existente en manos de las compañías agroexportadoras como la Casa Molina y la Escalante, desde fines de los años ochenta del XIX, Yucatán no entra a una forma de gobierno oligárquico sino hasta fines del Porfirato. La particular forma de hacer política que se estableció desde fines de 1870 implicó que se siguiera el principio de no-reelección. Y ningún

gobernador se reeligió en su cargo ni tuvo el poder económico mayoritario de la economía henequenera sino hasta que llegó Olegario Molina en 1902. Una situación casi única en el mapa político porfiriano, donde estados y regiones se encontraban en manos de unos pocos caciques de larga duración que solían reelegirse en los puestos gubernamentales. De hecho, de todos los gobernadores porfirianos de Yucatán sólo Olegario Molina se reelige una vez en 1906 y no termina su período (en un lapsus temporal podemos decir que la repetición en la gubernatura no la volvemos a encontrar sino hasta el caso de Cervera Pacheco a fines del siglo XX. En 130 años han sido los únicos gobernantes repetidores en Yucatán). Volviendo al tema de la oligarquía (bueno, manteniéndonos en él) a causa de su fuerte significado negativo, el término tiene en el lenguaje político más una función polémica que una ilustrativa, puede

decirse que mientras su significado valorativo es inmediatamente advertible ya que cuando se dice que un gobierno es oligárquico se está diciendo que es un mal gobierno, no es igual de preciso su significado descriptivo. A diferencia de otros conceptos como monarquía o democracia que designan instituciones o sistemas políticos, no indica una forma específica de gobierno sino que llama la atención sobre el puro y simple hecho de que el poder supremo tanto económico como político lo detenta un pequeño grupo de personas tendencialmente cerrado, ligadas entre sí por vínculos de sangre y de interés que usan todos los medios que el poder les da para mantener su personal supremacía económica. El carácter genérico y no netamente político del concepto de oligarquía queda claro cuando vemos que a diferencia de otros conceptos políticos como democracia o monarquía, se habla de oligarquía

militar, sacerdotal, financiera, etcétera. En la actualidad, en nuestros países en desarrollo, el término oligarquía se utiliza como la dicotomía ya no de la aristocracia sino de la democracia.

En el contexto del ensayo, en consecuencia, sólo podemos hablar de un gobierno oligárquico en Yucatán entre la llegada al poder de Olegario Molina en 1902 y la salida de Muñoz Aristegui, a quien sustituyó el general Luis Curiel en 1911. Es decir, como forma de gobierno, Yucatán vivió sólo una década oligárquica y aunque la "Casta divina", en términos económicos, se formó 25 años antes, a partir de 1875, y se consolidó una década antes, a partir de 1890, la particular forma de equilibrar el poder entre los grupos y facciones políticas de Yucatán impidió su acceso y control del poder de Estado hasta 1902. Y, en ese sentido, no podemos hablar de la existencia de un gobierno oligárquico sino hasta esa fecha.